

EL CORREO DE LEVANTE

DIARIO DE LA TARDE

Año V

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
Plaza de Cotina (antigua local del Gobierno Civil)

MURCIA 30 DE ABRIL DE 1903

ANUNCIOS A PRECIOS ECONÓMICOS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
En Murcia, un mes, pesetas 1
Fuera, trimestre, 3
NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

Núm. 933

NUESTROS REPRESENTANTES EN CORTES.

Pocos muy pocos de los que han de representar al país en el Parlamento durante la presente legislatura, podrán ostentar actas tan limpias como los señores que esta mañana en el scrutinio general verificado en nuestro Ayuntamiento, han sido proclamados diputados a Cortes por esta circunscripción.

Consecuencia de una elección verificada sin coacciones y demás ilegalidades que algunos candidatos cometieron arrastrados por el encarnizamiento de la lucha electoral, las actas de Murcia, a no dudar, serán aprobadas en cuanto pasen al examen de la correspondiente comisión.

Somos muy poco amigos a manejar el censuario, pero este nuestro criterio al cual venimos ajustando nuestra conducta, no nos releva, en modo alguno, del deber de tributar frases de elogio a quien las merece, y cuando son de oportunidad.

En el día de hoy, al enviar nuestra sincera felicitación a los representantes de nuestra patria chica, en Cortes por el lisonjero resultado obtenido en la elección del domingo último, nos creemos obligados a dedicarles un recuerdo, haciendo justicia a sus merecimientos, en las columnas de este periódico.

D. Miguel Giménez Baeza, candidato liberal, es un ilustrado y popular médico de Murcia, que desde bien joven ejerce su profesión en esta tierra con muy raro desinterés, atendiendo por igual al rico que al pobre y llevando su generosidad tanto al primer como al segundo.

Es uno de los pocos diputados que por derecho propio, que pudiéramos decir, se sientan en el Congreso. El Sr. Baeza debe su acta al sufragio del pueblo de Murcia; no es un canero, ni un indocumentado. Esto último bien lo acredita un título profesional tan respetable y honroso como el de médico; y lo primero igualmente está en la conciencia de todos los murcianos.

Más aún que a la política en la cual ha sembrado muchísimos favores, de algunos de los cuales ha recibido la ingratitud por pago, debe al señor Baeza sus simpatías y popularidad al ejercicio de su profesión en el cual ha repartido sus servicios con una generosidad tan grande que ni el mayor de sus enemigos podría dejar de reconocer como reconoce Murcia entera.

No escasa parte de las simpatías y popularidad que tiene en esta tierra don Miguel Giménez Baeza, la debe a que es un verdadero democrata, tanto por sus ideas cuanto en su trato social.

A los hombres que tienen personalidad política de alguna importancia, por lo general hay que echarles memoriales para hablar con ellos, y al pedirles un favor hay que hacerlo en tono planidero, esperando por toda contestación el rígido «no» o la réplica acostumbrada «Haré cuanto pueda por servirle»; que es como si dijeran: dentro de media hora, si te vi, no me acuerdo.

Con don Miguel Giménez Baeza no ocurre esto. El último de los que le siguen, le encuentra siempre dispuesto. Si como médico pudiéramos decir que el señor Baeza está siempre de guardia, como político vive en constante audiencia pública. Y ni aún el título

de la amistad, hace falta para demandarle un favor y salir complacido en la demanda. Dijéramos que don Miguel Giménez Baeza, considerando igual el ejercicio de la política que el de la medicina, el servir a sus amigos y correligionarios y aún a los que de estos títulos carecen, lo toma como una profesión, y le habríamos retratado en cuatro palabras.

Con todo esto, bien queda probado lo que decíamos al principio: que el señor Baeza es uno de los que pueden decir con verdad que ostenta la representación de su pueblo.

En cuanto a don Angel Guirao nada malo se puede decir de él, y por el contrario muchos actos suyos se conocen que le honran.

Igual que el señor Baeza, el señor Guirao se distingue por su consecuencia política.

Sentó plaza en el silvelismo cuando su jefe era un disidente y sin impaciencias ni exageradas aspiraciones sigue adicto al señor Silvela.

D. Angel Guirao es un joven de claras luces, justamente considerado como un caballero cumplido y un político intachable. Entre la buena sociedad goza de gran estimación; y debido a esto ha desempeñado cargo tan distinguido como el de presidente del Casino de Murcia, siendo su permanencia al frente de esta aristocrática sociedad, de muy feliz recordación.

D. Angel Guirao posee una hermosa fortuna en fincas que radican en esta región: lo cual hace que en la huerta y campo de Murcia el señor Guirao disponga de elementos valiosos, fuerzas indiscutibles para una elección.

Y del Conde de Heredia Spínola, en muy pocas palabras se puede decir lo que constituye un poema de alabanzas inspirado por la gratitud que esta tierra debe a la familia de los señores Zabalburí, representada hoy por el aristócrata esclarecido que en primer lugar figura entre los diputados por esta circunscripción.

Dicha ilustre familia ha sido en mil ocasiones el paño de lágrimas de nuestros pobres; la inagotable caridad de los Sres. Zabalburí, ha tenido bien presente nuestros asilos benéficos, colmándolos de beneficios en muchísimos casos; y siempre que Murcia, por calamidades sufridas ha necesitado al auxilio de sus buenos hijos, la mano piadosa del Sr. Zabalburí ha enjugado nuestras lágrimas.

Estos títulos que orgulloso puede ostentar el Conde de Heredia Spínola, le hacen merecedor a la estimación y agradecimiento de este pueblo.

Lo que ahora, por cuenta propia haga el heredero de la familia Zabalburí, en bien de Murcia, títulos serán que podrá unir a los muy apreciables que todos lo reconocemos agradecidos.

Crónica de París

EL HOMBRE DEL DÍA

Jean Jaurés

Vosotros los que conocéis sus tesis filosóficas y sus doctrinas sociales, no le conocéis. Ni vosotros tampoco los que leéis casi a diario sus elocuentes artículos de combate, ni vosotros tampoco le conocéis. Para conocerle es necesario oírle hablar, no en reuniones especiales, no en salas de conferencias, no a los postres de banquetes, sino en medio de un tormento de injurias y de amenazas, en las juntas contradictorias donde el pueblo ruge, donde todos los odios se hacen verbo, en las plazas públicas los días de huelga y de peligro, ante las bayonetas

insolentes, en el congreso, en fin, los días raros de grandes tempestades.

Porque este hombre a quien unos consideran cual un jefe de partido y otros como un retórico incomparable, no es, en realidad, sino un luchador instintivo. Fuera del peligro y lejos de la pelea, sus cualidades, palidecen. El Jaurés sin rival es el que en estos últimos días, a pesar de la opinión pública que pide calma, a pesar del Gobierno que desea paz, a pesar de sus propios partidarios que necesitan tiempos serenos, despertó con voces indignadas en pleno Parlamento al fantasma militarista para decirle en medio del más hostil tumulto una nueva estrofa del poema de sus crímenes.

En efecto para hombres como Jaurés, como Tailhade, como Gohier, como Pressensé el asunto Dreyfus no es, ni ha sido nunca más que un pretexto para luchar contra la opresión moral del sable en el occidente europeo. El militarismo! Vosotros los que vivís fuera de Francia, de Alemania, de Austria y de Rusia, no sabéis, no podéis saber lo que esta palabra significa. Vosotros, siendo honrados, os creis iguales a cualquier militar y en la jerarquía de las distinciones no dais más importancia a un general que a un sabio, ni a un capitán le consideráis superior a un médico. En el occidente militarista el oficial se cree de raza superior. Y así, mientras Zola en París y Anatole France en Rennes aun llevando pruebas no recibían sino insultos o desdenes, un general cualquiera, por el solo prestigio de su uniforme, imponía su voluntad a los jueces y torcía el curso de la justicia.

El autor de «Los Profetas» nos refiere que hace treinta años, al pasearse por la alameda de un pueblo del mediodía, solía ver a un estudiante que con cualquier pretexto trepaba en un banco y arengaba a la multitud. La frase era sonora, las metáforas originales y la erudición pasmosa. Hablaba de la libertad, hablaba del alma de la raza, hablaba de los dolores del pueblo. A medida que el auditorio crecía, la elocuencia era mayor. Olvidando su edad, el estudiante daba a la masa consejos de violencia y lecciones de energía. La masa, en general, enternecida por los pocos años del orador y entusiasmada por su talento, aplaudía. Pero a veces un murmullo de desaprobación hacíase oír. El pueblo, herido por las frases contra el patriotismo o contra el ejército, hacíase amenazador. Y entonces era de verse como el chiquillo barbilampiño se erguía, palpitante y crispando los puños y alzando la voz, lanzaba al aire cláusulas terribles y anatemas furiosos que cruzaban el espacio como rebano de aguilas furiosas.

Este niño era Jaurés «el sobrino del almirante», como le decía la gente.

Su familia espantada de aquellas locuras quiso consagrarlo, siguiendo tradiciones ancestrales, a la marina. Pero fue imposible. La lucha contra el mar, atraió menos que la lucha contra el Gobierno. Fue, pues, necesario mandarlo a París, a la escuela normal. Allí llegó en 1878, en la época de irritación contra el ministro Brunet que, aunque servidor de la República, era considerado como enemigo de la democracia a causa de sus ataques a Gambetta. Los discípulos más adelantados, hacían, para escribirlos en las paredes, dísticos latinos satirizando al «mal ministro». Un día este, enterado de lo mal que le querían, hizo una visita a la escuela. Muy risueño penetró en cada clase, hizo elogios de los profesores; felicitó a los alumnos y ya creía haberse ganado todas las voluntades, cuando oyó un grito formidable: «¡Viva Gambetta!» repetido por centenares de bocas. El que había lanzado aquel grito era Jaurés. Luego en las reuniones del barrio latino, en los mítins de vacaciones escolares, en todas las manifestaciones la misma voz musical y suntuosa, vibrante cual una trompeta, hacía palpitante ante la juventud visiones de libertad. En poco tiempo hizo una reputación de jacobino. Y así, cual no fue la sorpresa de todo el mundo al leer, una mañana, firmada por él, una defensa del clerical profesor Ollé Lapruné a quien los republicanos atacaban en sus periódicos. «Yo decía—soy enemigo del clero, pero creo que todo el que desea ser clerical tiene derecho a ello. La libertad debe ser completa, porque si no, no es tal libertad.»

La primera vez que Jaurés explicó el socialismo, fué en latín. Su tesis de doctorado, que habría escandalizado a los catedráticos si los catedráticos entendieran la lengua de Virgilio, se titula: *De primis Socialismi Germanici lineamentis*. En seguida quien no ha leído sus luminosos estudios sobre el colectivismo y sus programas de mejoramiento social? Pero no es del jefe de un partido, de

quien hoy quiero hablar, sino del hombre de todas las generalidades. No es al rival de Guesde a quien quiero presentarlo, sino al hermano de los oprimidos, al tribuno de la generosidad, al héroe cuyo atrevimiento llega a atacar la patria. Porque no hay que equivocarse: en el odio del patriotismo que Jaurés proclama, no hay tal odio. Lo que hay es un amor infinito de toda la humanidad. Su pueblo, su país, no le parece ni más ni menos digno de amor que el pueblo vecino, que el país lejano. No cree en los grupos políticos, sino en la inmensa fraternidad universal. Le llaman con desprecio, «cosmopolita». Este es un error. El cosmopolitismo es el sentimiento de las diferentes naciones por un cerebro de una nación determinada. Ahora bien, Jaurés no tiene patria pequeña. Es un ciudadano del mundo. Su generosidad alcanza a los polos. Y ante este hombre de tan gran corazón, aún el mismo orador desaparece.

Si, más que la palabra, más que el cerebro, hay que admirar en este hombre el alma. Es un profeta de tiempos que no vendrán nunca. «Es me vais a decir—un anunciador de utopías». Si, tal vez. Pero ¿qué importa? La misma inverosimilitud de sus predicciones prueba la grandeza de su corazón.

El ve, en la distancia, una época de hermandad, de justicia, de bondad. Le ve y nos lo dice. Ve, tras revoluciones fecundas, la unificación de las patrias, y la comunicación de las razas. Con ternura de apóstol, acaricia imágenes futuras de dicha universal. Sus mismas maldiciones, sus más terribles ataques, son no contra algo, sino en defensa de algo. Ya lo habéis visto ayer y anteayer, en pleno congreso, casi solo, escupir al rostro de los falsarios con galones y de los patriotas sin bondad todo su rencor épico. Ya le habéis visto lanzarse a la pelea a pesar de todos los obstáculos y exponer, en Carmaux, su propia vida. Pues bien: ayer y hoy y siempre esos ataques eran para defender algo. Su lanza, como la del caballero andante, es protectora de desvalidos. Se sacrifica por los inocentes, porque cree en la justicia de mañana y cree que exponiéndose apresura el advenimiento de la era santa. Llamadle si queréis, un pastor de Quimera.

E. GÓMEZ CARRILLO.

Abril 1903.

Un cuento diario

El juguete

Decoración: Una buhardilla muy limpia y casi alegre. En el centro de la habitación una mesita con su mantel blanco, sobre la cual se ven algunos fiambres, frutas de varias clases y dos botellas de vino blanco.

Personajes: Luisa Chartier, veinte años, casi hermosa, modestamente vestida, pálida y delgada.

León, duque de Riberes, veintisiete años; hombre elegante y distinguido, pero muy pagado de la grandeza de su nombre.

Luisa (al oír la campanilla).—¿Es él (Corriendo a abrir).—¿Cuánto le amol...?

León.—¿Buenos días, Luisa! Lo prometido es deuda y aquí me tienes.

Luisa.—Buenos días, señor y dueño mío.

León.—¡Vaya una escalera! ¡Esto está cerca del cielo!

Luisa.—En él estoy yo, porque me hallo a tu lado.

León.—Y después un olor...

Luisa.—¿Qué quieres?... ¡Es una casa donde solo vive gente pobre!

León.—¿Conque este es tu domicilio?

Luisa.—Sí, una buhardilla; pero muy limpia y con muy buenas vistas.

León.—Vistas a los tejados.

Luisa (sonriendo).—Ya sé que no puedes compararte con tu soberbia casa, tan regiamente amueblada. Pero al ver que has realizado mi deseo de venir a verme una vez siquiera a mi buhardilla, estoy loca de contenta y todo me parece soberbio. No tengo yo la culpa de que mis antepasados, de quienes no sé una palabra, me dejarán en el mundo sin un centimo.

León.—Te he dicho mil veces que cuando quieras dinero...

Luisa.—¡Calla, por Dios! Mi lujo consiste en no aceptar jamás de tí la más insignificante cantidad. ¿No ves que te amo?

León.—¡Eres una criatura angelical! Luisa.—Déjate de tonterías y almorcemos. No te burles del vino. Me cuesta a dos francos cincuenta la botella.

León.—La señora duquesa está servida.

Luisa y León se sientan a la mesa y empiezan a almorzar.

Luisa.—Te vas a quedar con apetito; pero, hijo mío no he tenido dinero para más y debes conformarte con la buena voluntad de esta pobrecita obrera que tanto te ama.

León.—¿Crees acaso que he venido a hartarme? He venido por el gusto de complacerte.

Luisa.—¿No me engañas? ¡Ah! ¡Si supieras cuánto te adoro! ¡No puedes figurarte lo que representas para mí en el mundo! ¡Es tan extraña nuestra historia, tan singular la novela de amor entre el gran aristócrata y la pobre obrera, que no tenía más capital que una virtud y un corazón, guardados hasta entonces con verdadero orgullo!

León.—¿Que encuentre tan casual?

Luisa.—Hace dos meses... una tarde en la avenida de Antin. Al regresar a casa me había sentado en un banco.

León.—Pasaba yo y se cruzaron nuestras miradas.

Luisa.—Entonces compraste un ramo de flores, y sin decirme una palabra me lo arrojaste a la falda.

León.—Y al día siguiente, sin habernos citado, nos volvimos a encontrar en el mismo banco, a la misma hora y empezamos a charlar.

Luisa.—Oye, León, aunque no me creas, te juro que tu amor es toda mi vida, y que el día en que dejes de amarme todo habrá concluido para mí.

León.—¿Qué quieres decir con eso?

Luisa.—¿Que moriré de pena.

León.—(levantando y encendiendo un cigarro).—¿Que manere de disparar!

Luisa.—No lo creas. Ya sé que algún día me abandonarás, porque tu raza está demasiado lejos de la mía y porque las dichas supremas como la que yo experimento no pueden durar mucho tiempo. Unicamente me alienta la esperanza de que ese plazo está todavía muy lejano.

León.—Todas las mujeres sentimentales dicen a sus amantes que no sobrevivirán a su abandono, y sin embargo, cuando llega el caso continúan gozando de excelente salud. ¡Morir! Eso se dice pero no se hace!

Luisa.—Pues eso será, puesto que, según me ha dicho el médico, tengo una afección al corazón, para la cual conviene evitar toda clase de emociones. ¿En qué estás pensando?

León.—Siéntate a mi lado. Voy a contarte una historia.

Luisa (alarmada).—¿Una historia?

León.—Sí. ¿Sabes con qué objeto he venido a tu casa?

Luisa.—Me has dicho que por complacerte.

León.—Supón por un momento que trató de hacerte aceptar algo penoso para tí... Una determinación...

Luisa.—¿Una determinación? ¿Cuál?

León.—¿Ya no me amas? ¿Vas a abandonarme?

Luisa.—Sí y no. Oye, Luisa, no digo que haya dejado de amarte; pero ya sabes que al lado de ciertos pasatiempos...

Luisa.—¿Pasatiempos?

León.—No es cosa de pasar toda la existencia divirtiéndose. Al lado de eso, existen circunstancias serias y graves que obedecen a las exigencias de la posición que uno ocupa en la sociedad.

Luisa.—¿Qué quieres decir con eso?

León.—¿Que me caso!

Luisa (con voz entrecortada por la emoción).—¿Te casas? ¿Te...? ¡No, no es posible! ¡Lo dices para hacer la prueba de lo que te hablaba! ¿No es verdad?

León.—¡Sí!... me caso!

Luisa (fuera de sí).—¿Y cuándo?

León.—El lunes.

Luisa (casi sin aliento).—¿El lunes que viene? ¿Y desde cuándo estás comprometido?

León.—Desde hace dos meses. Desde la víspera del día...

Luisa.—¿Del día en que nos conocimos? ¡Ay! ¡Miserable!...

Luisa lanza un profundo suspiro, un suspiro muy débil, propio de ser mortalmente herido y se deja caer en una silla.

León (asustado al ver que los labios de la joven brota un hilo de sangre).—¡Luisa!... ¡Dios mío!

Luisa (con voz casi imperceptible).—¡Perdóname, León! ¡Ya te he dicho que te amaba demasiado! ¡Perdóname! ¡No es cosa de pasar toda la vida divirtiéndose!

León.—¡Dame la mano! ¡Dentro de cinco minutos!...

León.—Pero qué te pasa?

Luisa (como si tratara de conciliar el sueño).—No temas, duque; y retírate para no comprometerme... ¡Esto no es nada! ¡Una pobre alma que abandona para siempre un juguete hecho pedazos!

MIGUEL PROVINCIA

